

Juan José Millás  
El orden alfabético



Un mundo regido por el orden alfabético: este es el universo imaginario en el que se refugia el protagonista de esta novela, una fantasía infantil que le protege de la realidad adulta, marcada por la soledad y por un padre enfermo.

En esta magistral novela, Juan José Millás desmonta los límites de la realidad, da la vuelta al calcetín y crea mundos diferentes, realmente fantásticos, comunicados por puentes de imaginación desbordante, y consigue cambiar el modo en que observamos lo que nos rodea.

Para Alejandro y Juan, reales como la fantasía,  
fantásticos como la realidad.

## Primera parte

En casa había una enciclopedia de la que mi padre hablaba como de un país remoto, por cuyas páginas te podías perder igual que por entre las calles de una ciudad desconocida. Tenía más de cien tomos que ocupaban una pared entera del salón. Era imposible no verla, ni tocarla. Yo mismo, por aburrimiento, abría a veces uno de aquellos libros desmesurados, de tapas negras, y leía lo primero que me salía al paso con la esperanza de encontrar un callejón oscuro, pero sólo veía palabras pequeñas que desfilaban por la página con la monotonía de una hilera de hormigas infinita. Mi padre estaba obsesionado con la enciclopedia y con el inglés. Cuando decía que iba a estudiar inglés, era que en casa estaba a punto de suceder una catástrofe que no tenía nada que ver con los idiomas.

En aquella época yo tenía un talismán que me ayudaba a conseguir cosas; se trataba de un zapato minúsculo, de piel, que pertenecía a un hermano mío que no llegó a nacer: un aborto. Cuando el embarazo se malogró, mis padres se deshicieron de las ropas que habían comprado anticipadamente para él, pero yo conseguí rescatar aquel zapato que tenía el tamaño de un dedal. Un día papá me lo quitó muy irritado y lo arrojó a la basura.

—Ya no tienes edad —dijo— de creer en talismanes.

—¿Y por qué tú sí puedes creer en el inglés?

No me respondió, pero cambió de expresión, como si le hubiese descubierto un secreto indeseable. A mí, como venganza, me dejaron de interesar por completo los volúmenes oscuros de la enciclopedia, y entonces él aseguró

que el día menos pensado, si persistía en no leer, los libros saldrían volando de casa, como pájaros, y nos quedaríamos todos sin palabras. Algunas noches, al meterme en la cama, intentaba imaginar un mundo sin palabras; suponía que habíamos comenzado a perderlas por orden alfabético y que de la A sólo nos quedaban de *asesino* en adelante, así que no teníamos *aire* ni *abejas* ni *abogados* ni *abreviaturas* ni *aceros* ni *acicates* ni *ancianos*. Los *acicates* me daban lo mismo, porque no sabía lo que eran; lo malo es que también habíamos perdido el *alumbrado*, las *algas* y los *Alpes*, además de *Argentina* y *América*. Una catástrofe natural, en fin, cuyo responsable era yo.

Si me dormía con estas imágenes, despertaba al poco huyendo de la pesadilla de haberme quedado mudo, que en el sueño constituía la forma más perturbadora de estar ciego. Así que empecé a vigilar la enciclopedia y el resto de los libros de la casa como si fueran enemigos. Y ellos, desde su opacidad, me acechaban también con algo de rencor, culpándome por anticipado de aquel desastre ecológico comparable al de la desaparición de variedades zoológicas. De manera que, cuando oía hablar de especies en extinción, ya no pensaba en los lagartos, ni en los búfalos, sino en las palabras. Escogía una cualquiera, *escalera*, por ejemplo, y comenzaba a darle vueltas a la posibilidad de que desapareciera. Repasaba mentalmente los lugares a los que no podría subir, ni de los que podría bajar el resto de mi vida, y comenzaba a sudar y a ponerme pálido de miedo.

Mi madre, después de preguntar mil veces qué me ocurría sin que yo consiguiera inventar nada razonable, acabó llevándome a un médico que me examinó de arriba abajo sin encontrar justificación a aquellos repentinos estados de malestar, por lo que me recetó unas vitaminas, ignorando que esa palabra, *vitamina*, tenía los días contados y que era ya más difícil de encontrar que la hormiga roja del Pirineo.

Volvimos a casa en autobús, sentados el uno frente al otro. Mamá no dejaba de observarme con desconfianza, como si supiera que ocultaba un secreto que me hacía daño. Entonces imaginé que desaparecía la palabra *madre* y comencé a transpirar mientras me demudaba sin remedio. Ella se alarmó un poco y sugirió que bajáramos del autobús para regresar a casa andando, pero no era posible bajar de ningún sitio porque habíamos perdido la palabra *escalera* y todas las de su familia, de manera que el autobús se había quedado sin *escalón* de bajada. En otras circunstancias, habríamos podido saltar, pero comprobé que también *salto* se había extinguido; tendríamos que pasar el resto de nuestras vidas dentro de aquel sucio vehículo, rodeados de personas que no conocíamos. La visita al médico no había mejorado las cosas.

Mi padre, entre tanto, continuaba utilizando la enciclopedia como un medio de transporte con el que llegaba a lugares que nosotros no podíamos ni imaginar, y en los que la gente, con frecuencia, se entendía en inglés. A veces volvía de aquellos curiosos viajes con barba de tres días y expresión de cansancio, como si hubiera permanecido de verdad en algún país extranjero. Y en vez de regalos, como los demás padres que viajaban, nos traía términos. Un día regresó de la enciclopedia a la hora de comer y entre plato y plato nos enseñó la palabra *mimetismo* para demostrar que entre los animales, como entre los hombres, también había individuos a los que les gustaba aparentar lo que no eran. A mí me tranquilizaba el hecho de que fuera y viniera de la enciclopedia con aquella frecuencia, porque pensaba que era una forma de que las cosas se mantuvieran en su sitio y de que hubiera vitaminas y madres y escaleras y abogados. Y alumbrado, porque sin alumbrado estábamos perdidos, Pero no entendía bien por qué, siendo la enciclopedia un modelo de organización, la realidad no se ajustaba siempre al orden alfabético. El *uno*, por ejemplo, iba antes del *dos* aunque la *u* era una de las últimas letras del abecedario.

Además, *desayunábamos* antes de *comer* y *comíamos* antes de *cenar*, cuando en una progresión alfabética se debería comenzar el día con la *cena* para continuar con la *comida* y acabar la jornada con un buen *desayuno*. Esta falta de acuerdo permanente entre el mundo enciclopédico y la existencia real constituyó una de las preocupaciones más fuertes de mi infancia.

Poco después de que mi padre tirara el zapato de mi hermano aborto a la basura, un día, al despertarme, contemplé los objetos de mi cuarto por orden alfabético y me pareció que estaban heridos. Al poco entró mamá en la habitación, me puso la mano en la frente y dijo:

—Tienes fiebre.

Celebré la llegada de la enfermedad con un encogimiento de dicha y al quedarme solo me puse de espaldas a la puerta del dormitorio, como si de ese modo diera también la espalda al colegio y a la realidad por la que se accedía a través suyo. Yo tenía en la cabeza miles de puertas que me llevaban a lugares en los que era tan feliz como mi padre dentro del inglés o de su enciclopedia. Abrí una de ellas al azar, me asomé para ver qué había al otro lado y descubrí un pasillo idéntico al de mi casa. Estuve a punto de cerrarla y probar en otra, pero me pareció que también el pasillo estaba enfermo o que, más que un pasillo, era una herida arquitectónica por la que podría viajar al interior de la vivienda de una forma distinta a la habitual. Así que avancé por él lleno de precauciones y alcancé un salón que, sin dejar de ser también el de mi casa, parecía diferente, porque la mesa, las sillas y la enciclopedia poseían el brillo atenuado característico de la existencia espectral. Recuerdo que me miré en el espejo del aparador y vi a otro que sin embargo era yo. Pensé que las cosas tenían dos existencias simultáneas y que había conseguido penetrar en la segunda. Entonces noté de nuevo la mano de mi madre en la frente y la oí decir que me había subido la fiebre. Pero eso sucedía en el dormitorio y yo estaba en el salón,

es decir, que me encontraba realmente en dos lugares distintos a la vez.

Me dejé caer en el sofá algo desconcertado, preguntándome si en esa versión espectral de la casa y de mí mismo habría también horarios, cuando vi entrar a mamá con un café en la mano. Era una madre sólida, con las fronteras bien definidas, que se diferenciaba claramente de la taza de café y de los otros acontecimientos que se precipitaban a su alrededor. Yo no podía apartar mi mirada de ella sin la impresión de haber atravesado un confín. Advertí entonces que no me encontraba en una realidad espectral, como había creído, sino en un espacio donde cada cuerpo se diferenciaba de los que le rodeaban gracias a un resplandor inusual procedente de su médula.

Ella atravesó el salón y se sentó a mi lado. Sólo me dijo hola, pero no he podido olvidar que también su voz tenía la calidad de un objeto autónomo que flotó en el aire antes de desvanecerse como una columna de humo. Y otra cosa: yo era consciente de todo mi cuerpo a la vez, de los dedos de los pies y de las orejas, de la lengua y de las pestañas, de la nariz y los párpados: vivía, en fin, en un mundo en el que las cosas se definían por su intensidad. No era, pues, que los objetos estuvieran heridos o el pasillo enfermo, sino que todo había adquirido una relevancia singular. Tomé un cenicero que había sobre la mesa y supe, como nunca hasta entonces, que tenía entre los dedos un objeto formal, dotado de un contorno al que se adaptaba mi mano con sorprendente precisión.

—Vístete, que vas a llegar tarde —le oí decir a mamá, y advertí que había dicho seis palabras, porque las fui contando a medida que salían de su boca, y no sólo contándolas, sino oliéndolas porque mi olfato había adquirido un desarrollo formidable. Tenían el mismo olor que los caramelos que se pegaban a las muelas.

Comprendí que tenía que ir al colegio, pero no me importó porque me apetecía ver la calle y la pizarra y al profe-

sor de matemáticas desde este nuevo modo de mirar. Pero al mismo tiempo me daba miedo volver a mi habitación y encontrarme en la cama, pues no había olvidado que en realidad estaba enfermo y que había llegado hasta allí a través de una de las puertas imaginarias que tenía en la cabeza. De todos modos, presionado por la mirada de mi madre, me levanté, penetré de nuevo en el pasillo y lo recorrí con el corazón en la garganta hasta alcanzar mi habitación, donde no vi a nadie en la cama ni debajo de ella. El dormitorio en el que permanecía enfermo, siendo idéntico a este en el que ahora me encontraba, pertenecía sin duda a otro lugar.

Me vestí rápidamente y corrí al baño, pues quería tocar el agua, que resultó ser una sustancia fabulosa, capaz de deshacerse en hilos que se enredaban entre los dedos sin atarlos. Me lavé la cara también, me mojé el pelo para que el peinado me durara más, y al regresar a la habitación percibí cómo las gotas que se habían quedado atrapadas en las cejas se evaporaban a causa del calor corporal. Y es que, del mismo modo que los objetos resplandecían, mi cuerpo emanaba un calor propio que no percibí en el plumier, ni en los lápices ni en la goma de borrar. Eran objetos de sangre fría, por decirlo así, como las lagartijas. De súbito, aprecié esta capacidad para producir calor de la que tampoco hasta entonces había sido consciente.

Cuando llegué a la cocina, mi padre estaba ya desayunando mientras escuchaba las primeras noticias del día por la radio. Parecía un poco preocupado, pero mi atención se desvió en seguida al exprimidor de naranjas, cuyo rojo era tan intenso que te quemabas al tocarlo. Y los platos tenían en el centro una especie de cavidad brillante, para que no se cayera la sopa o lo que quiera que metieras en ellos; sus bordes, parecidos al ala de un sombrero, eran suaves, y, pese a su dureza, podías acariciarlos sin temor a cortarte. Las tazas resultaban perfectas también, con un asa en la que encajaban los dedos y de donde podías cogerlas sin

quemarte. En cuanto a los tenedores, estaban ligeramente curvados en el lugar donde se apoyaba el dedo índice, para hacer más presión sobre la cosa que pinchabas, de manera que funcionaban con una eficacia sorprendente.

—Sí que es una cosa rara —dijo mi padre.

—El qué —preguntó mamá.

—Acaban de decir por la radio que esta noche han desaparecido dos mil volúmenes de la biblioteca pública.

La gente no solía robar libros, desde luego, así que pensé que serían antiguos y tendrían un valor especial. Y mientras mi padre continuaba dándole vueltas al asunto, noté que me subía la fiebre, y oí decir a mi madre que había que llamar al médico. Pero eso no sucedía aquí, en esta cocina, ni en esta casa, sino en un dormitorio lejano en el que mi padre, al regresar del trabajo, me traía, como siempre que estaba enfermo, un libro que yo tampoco leería. Después de dejarlo en la mesilla, oí que le decía a mi madre:

—De este año no pasa. He leído un anuncio de una academia en la que te enseñan a hablar inglés en nueve meses. Está garantizado.

—¿Cómo te vas a poner a estudiar inglés ahora, con tu padre en el hospital? —le reprochó mi madre.

Por eso mismo, pensé desde la cama, porque tiene problemas y se defiende de ellos estudiando inglés igual que yo escapaba de los míos jugando con el zapato de mi hermano abortado entre los dedos. Respondió que se trataba de una oportunidad única porque la empresa en la que trabajaba le pagaba la mitad de la matrícula. Aquella conversación olía a muerte. En esa época, yo aún no había visto ningún cadáver, aunque había matado muchas moscas. Acababa con ellas para ver si se morían de verdad, pues me costaba mucho creer en la muerte, al menos en la mía. En cuanto al abuelo, apenas le había visto de vivo, porque mi padre y él no se llevaban bien, así que si se moría ahora, siendo yo tan joven, tendría que relacionarme con un abuelo muerto el resto de mi vida. No me gustó la idea, de ma-

nera que me di la vuelta en la cama y regresé al lugar donde las cosas brillaban con luz propia y donde yo era consciente de todo mi cuerpo a la vez, de los pulmones y de los dedos, de las pestañas y de la punta de la lengua, del intestino delgado y del corazón.

Salí de casa con la cartera a la espalda, y me dirigí andando al colegio. Advertí en seguida que las calles, como el pasillo, tenían una calidad moral que nunca antes había apreciado en ellas. No sólo servían para comunicar lugares alejados entre sí, sino para poner en contacto a partes de mí mismo que hasta entonces habían permanecido separadas. De manera que a medida que las recorría me recorría también por dentro y eso es lo que convertía el simple hecho de andar en una aventura innumerable. Quise entender lo que estaba sucediendo, pero sólo se me ocurrió la idea de que alguien le había dado la vuelta a la realidad, como a un calcetín, y que ahora vivíamos en el lado de fuera, el más luminoso, sin haber dejado por eso de existir en el de dentro, que es donde yo tenía fiebre, mi padre quería aprender inglés y mi abuelo se moría en la habitación de un hospital. A todo ese cúmulo de adversidades aún había que añadir el hecho cierto de que mis padres no se llevaban bien, aunque la situación había empeorado desde que mi madre abortara a mi hermano, el del zapato.

Comprendí, en fin, que las cosas sucedían al mismo tiempo a un lado y otro de la vida, pero que no todo el mundo tenía el privilegio de darse cuenta de ello, así que sentí una enorme gratitud por haber amanecido aquel día con esa ventaja respecto a los demás.

Cuando llegué a la puerta del colegio y comencé a coincidir con mis compañeros me quedé asombrado de la cantidad de narices diferentes que había en el mundo. Y todas eran distintas entre sí, igual que las orejas o los labios. Me di cuenta también de que la mayoría de las personas, al

sonreír, enseñaban los dientes, y aunque había visto miles de dientes en mi vida me parecieron un instrumento nuevo, de enorme precisión, pues no sólo servían para cortar el pan y masticarlo, sino para gustar. A mí me gustaba una chica de un curso superior al mío, Laura, que al reírse enseñaba también un poco las encías, como quien muestra sin darse cuenta un borde de la ropa interior. Precisamente estaba allí, riéndose junto a unas amigas, y yo me quedé cerca del grupo para vérselas. Era como estar delante de una chica que se desnuda sin que le parezca mal que la observes. Al contrario, creo que le gustaba, así que cada vez que Laura sonreía, a mí me parecía que se quitaba la ropa porque ya digo que me volvían loco sus encías.

Entonces, de súbito, supe que la desnudaba para mí. En el otro lado del calcetín, o de la existencia, nuestras miradas se habían cruzado muchas veces, pero llegaban al otro oscurecidas, como si tuvieran que atravesar una cortina de sombras bajo cuyo peso hubieran perdido su fuerza original. Entonces yo sonreí sin ningún motivo, sólo para que ella viera mis dientes, y comprendí que estábamos haciendo algo excitante, de lo que nadie se daba cuenta a pesar de que nos encontrábamos rodeados de gente.

La primera clase era de ciencias naturales. Tomé el libro, que me pareció un objeto sorprendentemente raro, y lo abrí por cualquier sitio, sólo por el placer de ver cómo una hoja seguía a la otra formando una catarata de papel impreso. Se detuvo en una página dedicada a las chinches. Había un dibujo de una habitación con una cama deshecha para mostrar dónde se refugiaban estos insectos parásitos. Me introduje de tal manera en el dibujo que fui capaz de ver un grupo de chinches trepando por el tejido de las sábanas. Me sacó de allí la voz del profesor, que estaba explicando el aparato digestivo de las vacas poniendo en ello un interés excesivo, como si hablara de sus propios intestinos. La situación me pareció tan absurda que para aguantar las ganas de reír miré hacia otro lado y vi la respiración de

mi compañero de pupitre. Era capaz de distinguir el aire que entraba por sus narices del que salía por su boca, como si se tratara de una masa líquida, sin peso, con la que podías jugar igual que con una columna de humo que adquiriera, al soplarla, formas irregulares. Por alguna razón, también eso me producía risa, de manera que dejé de mirar a este chico y me concentré en uno, que tenía la particularidad de ser al mismo tiempo muy listo y muy idiota. Por culpa de Mariano, creo que se llamaba así, muchas noches me había acostado con la idea de que lo que aprendíamos en el colegio contribuía a hacernos peores, pues no resultaba excepcional que los que más sabían dentro de la clase fueran los más tontos en el patio. No digo que hubiera una relación directa entre el conocimiento profundo del proceso digestivo de la vaca, tal como nos lo enseñaban, y la minusvalía de Mariano, pero a la larga sí veías que de una cosa se deducía oscuramente la otra.

Esta vez, sin embargo, lo comprendí con una certeza luminosa, porque al observarle con detenimiento vi su inteligencia y su idiotez completamente separadas, y adiviné en seguida que la una estaba hecha para la otra como las dos partes de una nuez. Mariano podría enumerar las partes del estómago de un rumiante con gran precisión en un examen, pero jamás sería capaz de hacer un viaje como el que yo estaba realizando desde un lado de la vida hasta este otro donde su estupidez, lejos de irritarme, me producía la fascinación de las cosas vistas al microscopio.

Estaba, en fin, contemplando la realidad cotidiana con la extrañeza de lo nuevo, como cuando entras en una casa desconocida en la que cada habitación constituye un sobresalto, cuando sucedió algo sorprendente: el libro del profesor, que permanecía abierto sobre su mesa mientras él hablaba, se agitó brevemente y luego se elevó en el aire, como un pájaro, utilizando sus hojas a modo de alas. Tras un par de vueltas de reconocimiento alrededor de la clase, se dirigió a una ventana abierta y salió.

Superado el primer momento de asombro, nos levantamos y corrimos a las ventanas para ver cómo se perdía en el cielo. Entonces se escuchó a nuestras espaldas un revuelo de hojas y al volvernos vimos que todos los libros abiertos vibraban sobre los pupitres, y al poco, con más o menos dificultades, se elevaban también y seguían la trayectoria del primero. Pronto hubo sobre el patio del colegio una bandada de libros de ciencias naturales que se perdió entre los edificios.

El profesor nos mandó sentar por pura costumbre, pues en esos momentos de estupor lo de menos era que estuviéramos de pie o boca abajo. Luego, antes de que nadie hubiera conseguido articular una palabra, notamos que el cielo se oscurecía, como si una gran nube se hubiera colocado sobre el edificio del colegio, y al mirar afuera vimos una gran cantidad de libros que sin duda habían salido de otras clases y emprendían el vuelo también en la misma dirección que los anteriores. No sé quién fue el primero en echarse a reír, pero lo cierto es que alguien empezó y al poco toda la clase se moría de risa, menos el profesor, que estaba pálido y sudaba como un resucitado. Yo tampoco me reía, la verdad, porque había imaginado muchas veces lo que acababa de suceder y sabía que era una cosa mala, aunque al principio resultara divertida.

Entre tanto, en el otro lado de la vida, o del calcetín, no dejaba de subirme la fiebre, porque noté de nuevo la mano preocupada de mamá sobre mi frente, y en seguida oí su voz mezclada con otra que me pareció la del médico. Decía que de aquel año no podía pasar, que tenían que operarme de la garganta, y lo decía en el mismo tono con el que mi padre afirmaba que ese invierno era el último de su vida sin aprender inglés. El médico atribuía a su bisturí las mismas propiedades mágicas que mi padre al inglés y yo al zapato de mi hermano aborto: todo el mundo creía ciegamente en algo. Lo curioso es que sin dejar de estar en la cama, enfermo de anginas y con fiebre, me encontraba también en la

clase de ciencias naturales donde acaba de suceder el prodigio de los libros voladores.

—Es un mal momento para operarle —dijo mi madre—. Su abuelo está en el hospital, muy grave. Dice el médico que apenas le quedan unos días.

Apenas le quedaban unos días. Una parte de mí, la más antigua, entendió que le quedaban unos días para salir del hospital, pero aquella otra por la que me hacía mayor supo en seguida que estaba a punto de morir. Mi padre nunca se había llevado bien con mi abuelo. Le guardaba un rencor remoto por cosas que no podía entender con ninguna de mis dos partes. En aquella época, del mismo modo que era capaz de estar en dos sitios a la vez, poseía también dos lados que no siempre se ponían de acuerdo, y con uno de ellos no lograba entender que mi padre se preocupara por la muerte de una persona a la que no quería, aunque con el otro sí. Tenía entonces una visión muy utilitaria de los padres. Con frecuencia, hacía con los dedos cálculos de los años que tendría yo cuando mi padre tuviera cuarenta, cincuenta, sesenta, sesenta y cinco (a partir de los sesenta los contaba de cinco en cinco). Quería estar seguro de que al llegarle la hora teórica de morir, yo habría alcanzado una edad en la que no le necesitaría: siempre me ha dado miedo la orfandad. Pero ahora advertía que los padres te dan algo más que cosas útiles y que cuando se van te dejan huérfano tengas nueve años o noventa. Lo veía en la expresión del mío, que ya no necesitaba para nada al abuelo, y sin embargo era la de alguien que a pesar de ser mayor tenía miedo, por eso se ponía a estudiar inglés, por miedo. Empecé a tiritar dentro de mi cama y seguramente en la clase también, pues estaba en los dos sitios, y entonces noté las manos de mi madre manipulando las sábanas, no sé si para retirármelas o para abrigarme más. El médico insistía:

—No puede pasar así mucho tiempo, tengo miedo de que le afecte al corazón.